

# En busca de los lémures

Texto y fotografías  
por Rafael Medina

*E*l río en el que no debes bañarte

*Está a punto de amanecer y la claridad inunda el interior de la tienda mientras las aves inician el ruidoso concierto del comienzo del día. La mayoría de estos reclamos no pueden oírse en ninguna otra parte del mundo salvo aquí, en Madagascar.*

CONSCIENTE del privilegio que disfruto, salgo de la tienda y contemplo el escenario: el río Tsiribinha discurre plácidamente, con un caudal bastante respetable pese a encontrarnos en la estación seca, dejando en sus márgenes extensas lenguas de arena, ideales para acampar. La ribera está poblada con carrizos, y río abajo se divisan unas prometedoras colinas arboladas. Charlie, nuestro guía, ya está despierto y mientras prepara el desayuno, mis compañeros de viaje y yo recogemos el resto de las cosas. Unos minutos después, estamos ya listos para continuar el descenso.

La canoa que nos ha traído hasta aquí, y en la que nos quedan aún un par de días de viaje, es una preciosidad. Se trata de la embarcación típica que usa la etnia sakalava en el occidente de Madagascar, y consiste en un sencillo casco de una pieza tallado en el tronco de un único árbol, una especie de flamboyano (género *Delonix*), endémico de la isla. En breve nos cruzamos con otros barqueros que remontan el río usando el mismo tipo de canoas, impulsándolas elegantemente con pértigas. Dado que el descenso del río requiere tres días y la remontada cinco, los barqueros intercambian noticias cada vez que se cruzan, a veces a gritos desde orillas opuestas, para mantener informadas a la familia durante sus ausencias. El resultado es inesperadamente musical.

Finalmente, alcanzamos una zona arbolada. Se ven bosquetes de árboles caducifolios tropicales entre los que asoman palmeras y lianas.

No pasa mucho tiempo hasta que Charlie nos señala un par de bultos en una copa. Por fin, los primeros lémures. Tras bajarnos de la canoa y aproximarnos con cuidado al árbol podemos observarlos con tranquilidad. Se trata de una pareja de sifakas de Verreaux (*Propithecus verreauxi*) que nos miran perezosos desde la altura. Los lémures diurnos son algo más dormilones que las aves, y no empiezan a mostrarse activos hasta una hora después del amanecer. A estos los hemos pillado dándose un baño de sol antes de empezar a buscar alimento, así que aún deben estar desperezándose. El sifaka de Verreaux es uno de los lémures más comunes del oeste y sur de Madagascar. Al igual que el resto de los integrantes de su familia (la de los índridos), se trata de animales estrictamente arborícolas, que sólo se desplazan por el suelo de forma ocasional (y aparatosa, debido a sus miembros inferiores desproporcionadamente largos) y que suelen trepar por los troncos manteniendo el cuerpo vertical. Esta especie en concreto es fácil de identificar por su pelaje blanco excepto sobre la cabeza, donde presenta una “boina” de pelo marrón oscuro. Su mirada es expresiva (o quizá eso quiere motivarme nuestra relativa cercanía filogenética), pese a la típica expresión de sorpresa permanente que transmiten esos ojos enormes de iris dorado. Estamos ante el experimento que la biosfera hizo con los prosimios, ante una evolución alternativa fraguada “en secreto” y de forma aislada al destino del resto de los primates del globo. ¿Cómo no sentirse fascinado por estos primos lejanos?





Primer avistamiento de lémures: una apacible pareja de sifaka de Verreaux (*Propithecus verreauxi*) se despereza en la copa de un árbol



Huevos de “pájaro elefante” (*Aepyornis*), en el Musée de la Mer, en Tulear

## *Los lémures diurnos son algo más dormilones que las aves, y no en*

El descenso continúa, y los sifakas se dejan ver ocasionalmente saltando entre las copas de los árboles. No son, en absoluto, lo único interesante del recorrido. Jugueteadando por las riberas se pueden observar llamativos martines pescadores (*Corythornis vintsioides*), abejarucos (*Merops superciliosus*) o cúas crestadas (*Coua cristata*), todas ellas especies endémicas de Madagascar; algún camaleón de Oustalet (*Furcifer oustaleti*) se deja ver entre la maleza y los encuentros ocasionales con los cocodrilos (*Crocodylus niloticus*) nos recuerdan la etimología del nombre del río Tsiribinha: literalmente, “el río donde no debes bañarte”. Al caer la tarde se divisan las inconfundibles siluetas de los baobabs. De las ocho especies que hay en el mundo de estos árboles increíbles, siete de ellas son endémicas de Madagascar. Concretamente la que empezamos a ver salpicada en el bosque es *Adansonia za*, la que penetra más al interior. En malgache llaman a estos árboles “renala”, que literalmente quiere decir “la madre del bosque”.

Ya entrada la noche, a la luz de la hoguera, Charlie vuelve a amenizarnos con costumbres y tradiciones locales. Los malgaches son conocidos por respetar una serie de tabúes (“fady”) aparentemente

incomprensibles que van desde la prohibición de entregar un huevo de mano a mano a la de sentarte en la misma esterilla que tu hermana si está embarazada. Algunos “fady” y leyendas varias tienen por protagonistas a habitantes casi mitológicos del bosque, como el *tretretrete*, mitad hombre, mitad lémur. Lejos de interpretarlo como una superstición criptozoológica, algunos investigadores piensan que la tradición oral mantiene vivas ciertas especies de lémures gigantes extintos. Las dataciones de restos subfósiles indican que esta megafauna malgache, que incluye a algunos de los primates más grandes que hayan existido nunca, pudo haberse extinguido en tiempos relativamente recientes: hace 1.500-2.000 años. Con la llegada del ser humano y el comienzo de la deforestación de la isla, estos seres fascinantes no pudieron mantener sus áreas de ramoneo y desaparecieron para siempre. Algo parecido le ocurrió a las “aves elefantes” (*Aepyornis*), las más grandes jamás hayan caminado sobre el planeta, con unos 3 metros de altura. La extinción de estas inmensas *ratites* aconteció hace muy poco tiempo, alrededor de 120 años, y de hecho hay testimonios de avistamientos por colonizadores franceses a mediados del siglo XVII. Los restos de cáscara de sus huevos, grandes como sandías, aún pueden en-



Las calizas afiladas del Tsingy de Bemaraha se extienden hasta donde llega la vista

## *Empiezan a mostrarse activos hasta una hora después del amanecer*

contrarse en las playas del Canal de Mozambique. Es una tragedia que toda esta riqueza espectacular se haya perdido para siempre. Del ser humano dependerá también que el patrimonio natural que aún alberga la isla más antigua del mundo llegue a las generaciones futuras.

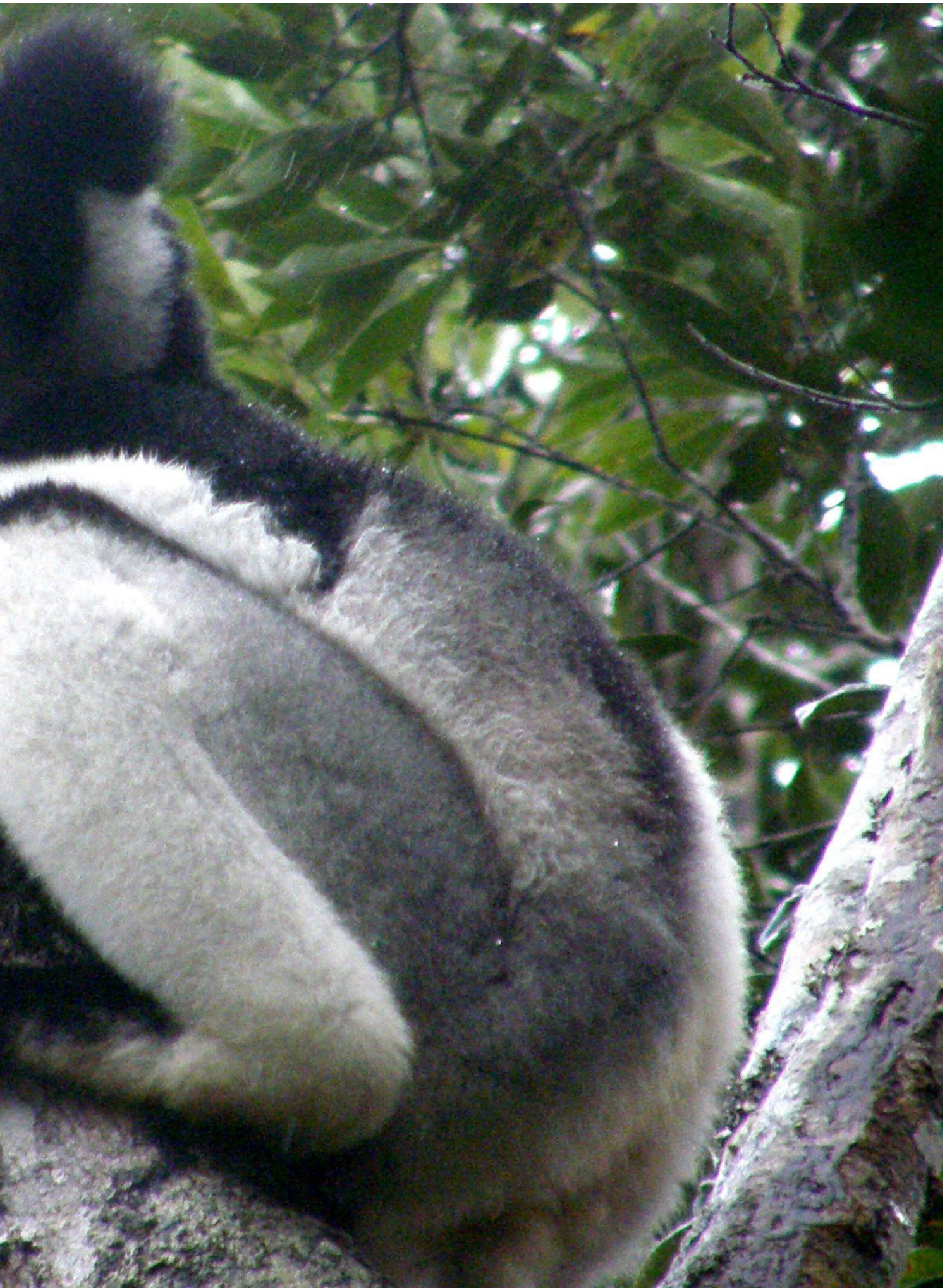
### **El oeste inaccesible**

LA PISTA QUE conduce hasta Bekopaka se hace tediosa. Son necesarias más de cuatro horas para recorrer menos de cien kilómetros desde Belo-sur-Tsiribinha, camino sólo transitable en la estación seca por los vehículos adecuados... o carros de cebúes. La recompensa es el acceso a uno de los paisajes más característicos de Madagascar, y uno de sus parques nacionales más célebres: el Tsingy de Bemaraha. En malgache se usa la palabra “tsingy” (puntiagudo) para referirse a unas formaciones kársticas (con potencias de hasta 70 metros) que las lluvias tropicales han moldeado en forma de crestas, filos y estiletos. Aunque hay varios en el occidente de la isla, éste es el más espectacular de todos. Las vistas en lo alto del Gran Tsingy al caer la tarde son indescriptibles. La roca forma cuchillas, simas, desfiladeros estrechísi-

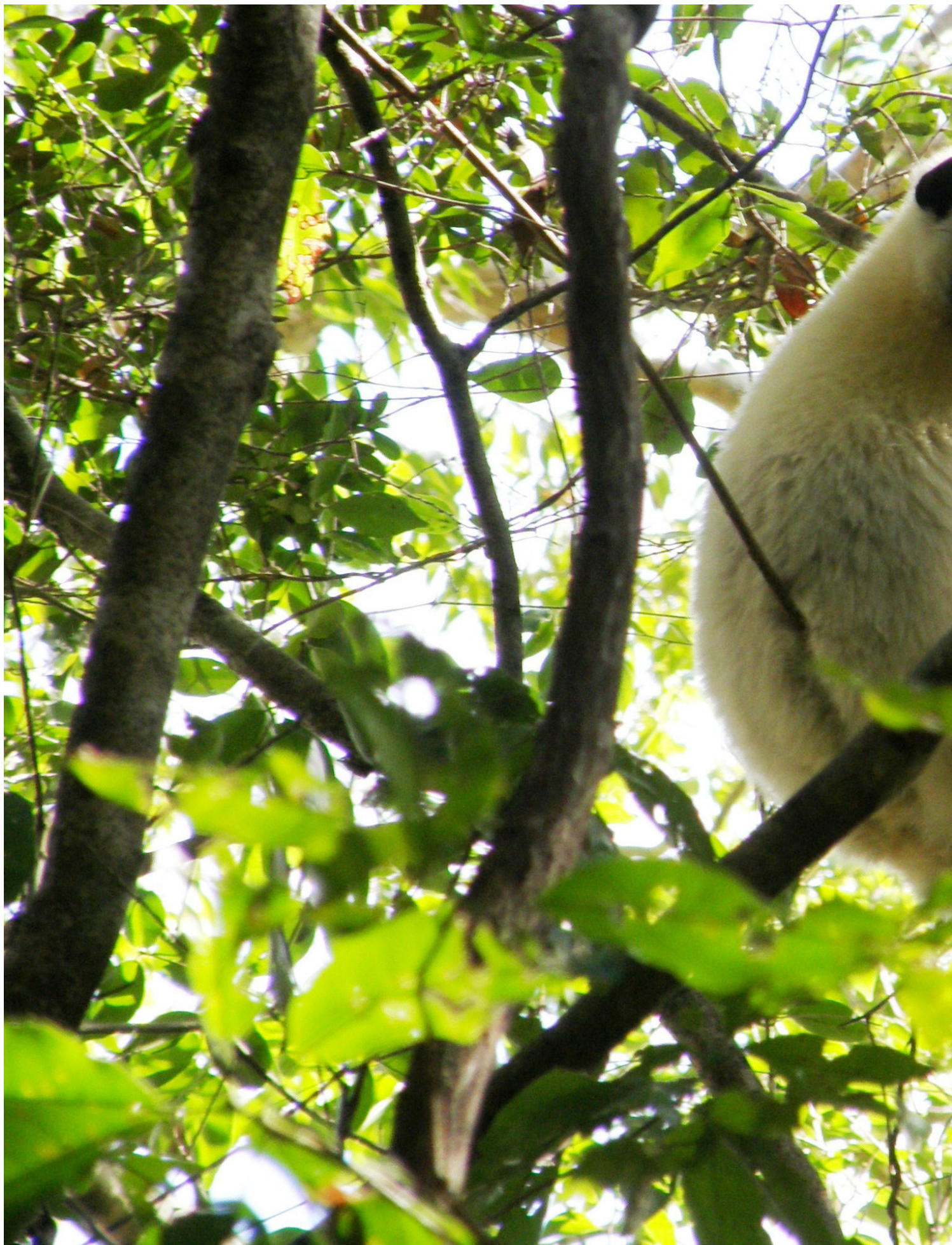
mos, espacios grandiosos, como la nave de una catedral. En el tsingy, la vida se amolda a las condiciones locales. Las plantas difícilmente pueden disponer de suelo (en el fondo de las simas) y de luz (en lo alto de las rocas) al mismo tiempo, por lo que deben elegir o adaptarse a la situación. Son frecuentes las lianas y trepadoras, así como las epífitas, que consiguen salvar este inconveniente de la distancia, y en las rocas más elevadas sobreviven plantas suculentas, que suplen la ausencia de suelo con la capacidad de acumular agua en los tejidos.

Al caer la tarde, disfrutando de las vistas después de haber recorrido los recovecos y estrecheces del tsingy, el guía que nos acompaña en la visita señala con las falanges dobladas (pues es “fady” señalar en el tsingy) unos lémures que se mueven a lo lejos. Compruebo con los prismáticos que se trata de un grupo de seis individuos, que saltan de los árboles a las rocas, totalmente inmunes a los filos del tsingy, sobre los que corretean y caminan. “¿Son sifakas de Verreaux?” le pregunto. Él niega con la cabeza “No, aquí hay sifaka de Decken”, afirma. Es una gozada lo bien preparado que está el personal de los parques nacionales malgaches, capaz la mayoría de las veces





El indri (*Indri indri*), la joya de la pluvisilva malgache







Sifaka de Decken (*Propithecus deckenii*), de pelaje totalmente blanco



Lémur enmascarado pálido (*Phaner pallescens*), una de las muchas especies nocturnas de la reserva de Kirindy

## *Estamos ante el experimento que la biosfera hizo con los "secretos" y de forma aislada al destino del resto de los primates*

de solucionar las dudas al viajero naturalista. El sifaka de Decken (*Propithecus deckeni*) es ciertamente muy parecido al de Verreaux, pero carece de "boina" y por lo tanto su pelaje es completamente blanco. Su área de distribución está restringida a zonas muy concretas del oeste de Madagascar, y hasta hace un tiempo se consideraba que, junto a otro puñado de sifakas de bosque caducifolio, pertenecía a la misma especie que el sifaka de Verreaux. Este es otro asunto a destacar en la biología de los lémures: hace tres décadas se reconocían 36 especies de lemuriiformes. Hoy en día el número se acerca al centenar (¡casi una cuarta parte de todos los primates del mundo!). Para el primatólogo Ian Tattersall, se trata de un caso claro de "inflación taxonómica", aunque lo cierto es que las nuevas descripciones suelen estar respaldadas tanto por características morfológicas como por filogenia molecular, por lo que todo parece indicar que se había estado infravalorando la diversidad específica de lémures.

Nuestra siguiente escala es la reserva forestal de Kirindy, uno de los centros de investigación más activos del país y objetivo de muchos visitantes por la facilidad con la que se ven a algunos insignes representantes de la fauna malgache. Un ejemplo es el fosa (*Cryptoprocta ferox*), el mayor depredador de la isla. Aunque su aspecto puede recordar al de una pequeña pantera, en realidad se trata de una especie emparentada con las mangostas. Un ejemplo de libro de convergencia evolutiva: ante un mismo desafío, una misma solución. Las aves también son multitud en la reserva. Para empezar son muy frecuentes las vangas, una familia de aves única de la isla que cuenta con una quincena de especies, cada una con formas y picos característicos en función de su modo de vida y alimentación (exactamente igual que los famosos "pinzones de Darwin" de las Galápagos). Además están los pichones verdes (*Treron australis*), los agapornis de cabeza gris (*Agapornis cana*) o la curiosa carraca-cuco (*Leptosomus discolor*).



Lémur ratón (*Microcebus* sp.), la mínima expresión del primatismo

## prosimios, ante una evolución alternativa fraguada “en mates del globo

Uno de los platos fuertes de Kirindy son las visitas nocturnas. En ellas no sólo pueden verse rapaces como el autillo malgache (*Otus rutilus*) o los omnipresentes camaleones, sino que además permite tomar en contacto con lémures nocturnos. Caminando con cuidado entre la maleza del bosque en recuperación, Remi, guarda del parque, se acerca a un arbusto y nos indica con la linterna. Desde las alturas el lémur enmascarado pálido (*Phaner pallescens*) nos lanza miradas de recelo, y más adelante, un lémur saltarín de cola roja (*Lepilemur ruficaudatus*) se nos cruza de un salto en nuestro camino. La actividad es frenética en el bosque después del atardecer, y la suerte parece acompañarnos. “Ahí, ¿lo veis?”. La linterna apunta a una diminuta bola de pelo, que inmediatamente huye trepando y corriendo por las ramas, desapareciendo en un instante a una velocidad pasmosa. Se trata del lémur-ratón de Madame Bertha (*Microcebus berthae*), que con sus 9.5 cm de longitud corporal (excluyendo la cola) y 30 gramos de masa, tiene el honor de ser el primate más pequeño del planeta. La visión apenas ha durado un suspiro, y el nombre de estos quirogaleidos está muy bien aplicado: más que un lémur parecen

huidizos roedores. Este grupo de animales, del que se cuentan 16 especies en toda la isla, nos permite hacer además, reflexiones sobre el origen y evolución de los lémures.

Como es bien conocido, Madagascar quedó aislada del continente africano hace más de 120 millones de años, antes de la aparición de los primates. Los estudios filogeográficos revelan que el origen de los lémures, así como el de los otros grupos de mamíferos de la isla, tuvo lugar gracias a una odisea de proporciones épicas. En algún momento, hace aproximadamente 55 millones de años, se produjo un único evento de colonización de la isla por parte de primates primitivos. En esa época, el Canal de Mozambique (el brazo de océano que se abre entre Madagascar y África) ya contaba con unos tremendos 700 km de amplitud, sin islas intermedias. Cómo es posible que una colonia, o al menos una única pareja, de primates cruzaran esta inmensidad continúa siendo un misterio, pero las pruebas filogenéticas son tozudas y concluyentes: la colonización tuvo lugar.



Lémur saltarín de cola roja (*Lepilemur ruficaudatus*), asomándose desde su escondite diurno, poco después del amanecer



Lémur de cola anillada: el nombre lo dice todo



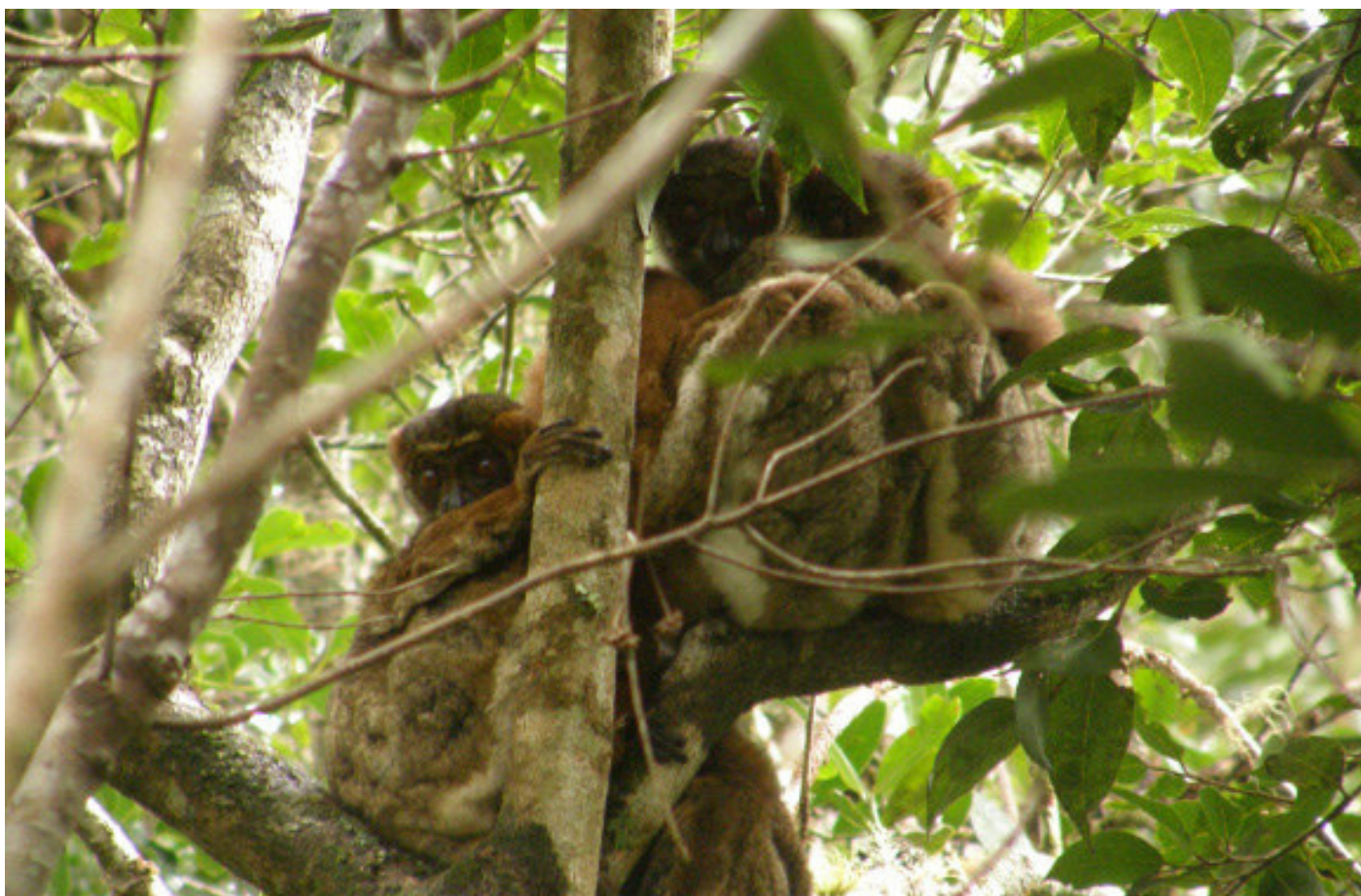
Hembra (izquierda) y macho (derecha) de lémur marrón (*Eulemur rufus*)

La hipótesis más extendida nos habla de violentos temporales tropicales que arrancan masas de vegetación que pueden quedar a la deriva en el océano, como balsas flotantes. Este fenómeno está documentado, y de hecho se usa para explicar la colonización de islas oceánicas por plantas, invertebrados y reptiles. Datos recientes parecen validar que en ese momento pudiesen darse corrientes favorables para la llegada de esas “balsas”, pero aún así resulta difícil imaginar unos lémures de cola anillada subidos en ellas y sobreviviendo a un viaje de 700 km. Sin embargo, sin en lugar de pensar en grandes lémures diurnos pensamos en animales parecidos a los lémures-ratón, la cosa cambia. Los lémures-ratón son capaces de ralentizar su metabolismo en ausencia de alimento. Resulta algo menos remoto imaginar que entre las oquedades de troncos y ramas flotantes resistieran animales de pequeño tamaño y con un metabolismo ralentizado. Quizá esa sea la respuesta. Quizá un puñado de diminutos y asustadizos prosimios aletargados acabara llegando a las playas de Madagascar, iniciando el noble linaje que admiramos hoy.

Nuestro último día en el oeste de Madagascar amanece espléndido, y un último paseo por la reserva nos ofrece algún que otro hallazgo. Un lémur saltarín de cola roja se abraza al tronco de un árbol, asomán-

dose desde un agujero a apenas dos metros de distancia, mirando hacia nosotros. “No puede vernos” susurra Remi “son ciegos a la luz del sol”. Un paso más y el crujido de la hojarasca bajo nuestros pies hace reaccionar al animal, retrayéndose unos centímetros más en su escondite diurno. La marcha continúa, avistando de vez en cuando baobabs con tamaños increíbles. En esta región encontramos tanto a los rechonchos *Adansonia rubrostipa*, a menudo con forma de botella, y a los gráciles y elegantes *Adansonia grandidieri*, la especie que alcanza mayores alturas. Los baobabs son con diferencia los árboles más viejos de esta zona. Por normal general los malgaches los han considerado sagrados, y ello los libró de las talas y las quemadas indiscriminadas, buscando madera y pastos.

De repente somos testigos de una inusual procesión. Una docena de lémures marrones (*Eulemur rufus*) atraviesa el camino en fila, con paso parsimonioso, sin prestarnos atención. Al contrario que los sifakas, estos lémures bajan a caminar por el suelo con relativa frecuencia, y no se desenvuelven mal. Mantienen su larga cola erguida, y el paso solemne. Algunas hembras tienen crías abrazadas a su espalda, durmiendo con placidez. Algunos individuos se sientan sobre la hojarasca con tranquilidad, esperando que pase el resto del grupo. Aprovechamos para



Familia de *Avahi laniger* refugiándose de la lluvia

comprobar que en esta especie el dimorfismo sexual es bastante evidente: los machos muestran una frente rojiza, que es gris en el caso de las hembras.

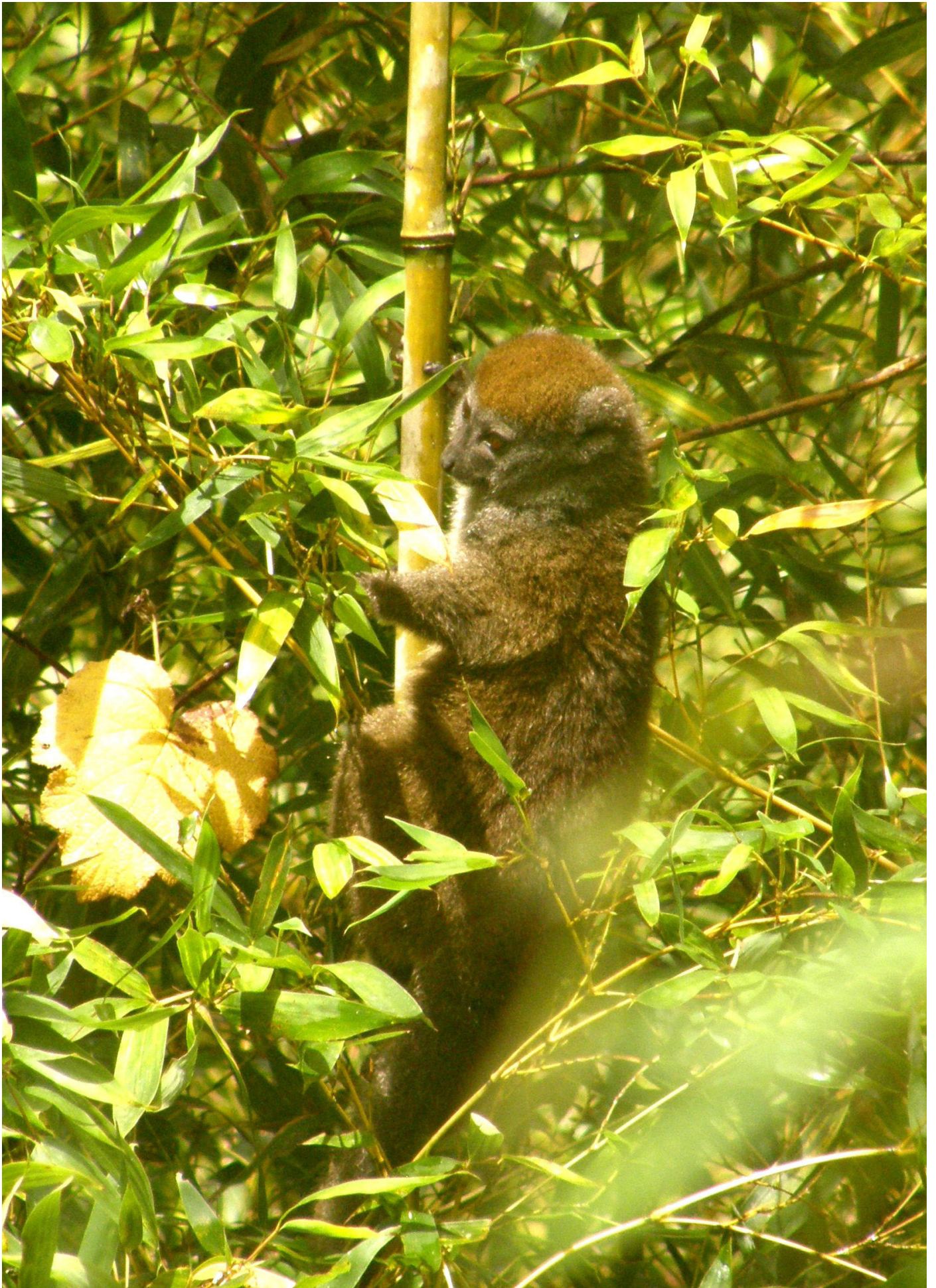
Kirindy, en la actualidad, es un bosque joven al que se está dejando regenerarse y que es controlado y gestionado por especialistas, representando una esperanza prometedora y un ejemplo a seguir en un país que conserva muy pocos de sus bosques originales. El valor de este tipo de ecosistemas es incalculable. Remi nos va señalando árboles y arbustos y nos aclara los usos tradicionales en la medicina malgache: infecciones, fiebres, etc. Para la mayor parte de la población local, las plantas son la única fuente de principios activos farmacológicos. Un valor añadido más en una larga lista.

### Tradiciones tan endémicas como la fauna

EN NINGUNA PARTE de Madagascar es más evidente la crudeza de la deforestación que en la llanura de los bara, en el centro-sur de la isla, cerca de la ciudad de Ihosi. Los bara son una de las 18 etnias “oficiales” que se distinguen en el país, y quizá una de las más idiosincrásicas. Materializan mejor que en ningún otro caso la dependencia que su economía tiene

del cebú. El cebú es una res bovina originaria del sur de Asia, reconocible por una cornamenta imponente y una giba característica. Su cría está extendidísima en Madagascar y es sinónimo de riqueza y prosperidad. Por desgracia, el precio a pagar para mantener una población ciertamente desproporcionada es la de generar pastos de forma continua. A lo largo de toda la isla es frecuente observar columnas de humo, consecuencia de incendios provocados. Estos terrenos quemados producen pasto muy adecuado para los cebúes. En el caso de la llanura de los bara, el paisaje es desolador: una pradera ininterrumpida, regularmente incendiada, donde apenas sobreviven algunos árboles raquíticos y, si acaso, palmeras pirófilas (*Bismarckia nobilis*) en algunos lugares concretos.

Ni siquiera las etnias vecinas entienden muy bien a los bara. Siendo como son un pueblo eminentemente nómada, amasan rebaños de cientos y miles de cebúes para, aparentemente no hacer nada con ellos (pues superan con creces sus necesidades de carne o transporte). La tradición bara, además, establece un curioso rito iniciático que consiste en robar reses a los poblados vecinos, de forma que ningún varón puede considerarse plenamente adulto si no ha formado parte de uno de estos robos. Estos actos tradicionales suelen estar acompañados de una gran carga mística



Lémur gris del bambú (*Hapalemur griseus*) alimentándose de hojas de bambú gigante





Sifaka diademado (*Propithecus diadema*)



Las palmeras pirófilas (*Bismarckia nobilis*) restan monotonía a la interminable llanura de los bara

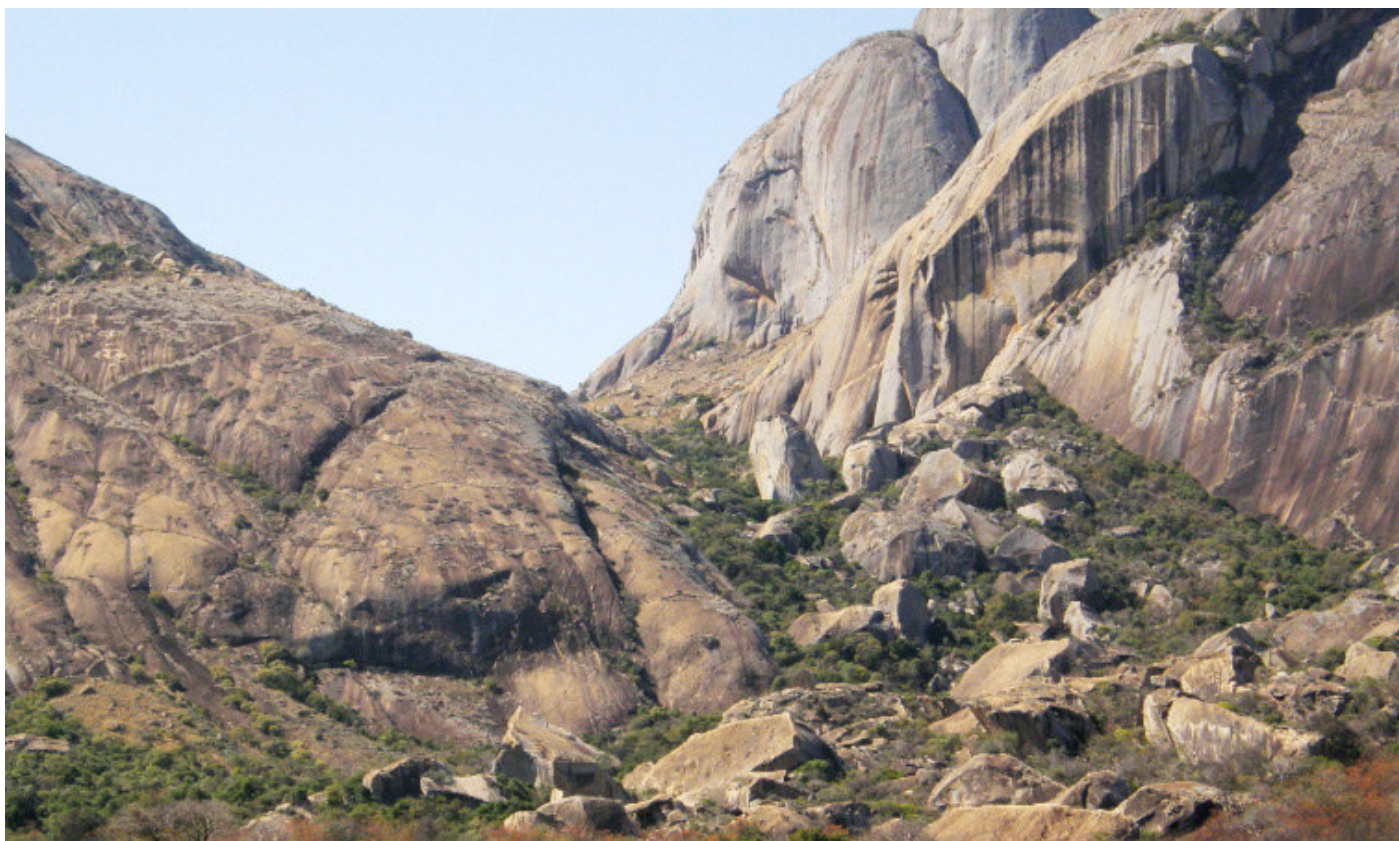
propia de esta etnia y tristemente a menudo acaban en desgracia, pues al resto de los poblados no les hace gracia que le roben el ganado, y al parecer sólo hay una cosa que a los bara les guste más que los cebúes: las armas de fuego.

Dejando atrás la desolación del área de Ihosi, el panorama tampoco es que cambie demasiado, y se echan de menos las frondosas e inaccesibles regiones del oeste. En el centro de Madagascar, en las tierras altas que genera la vertiente occidental de su cordillera principal, también faltan bosques. En su mayor parte encontramos terrazas dedicadas al cultivo del arroz. En esta zona concretamente, la etnia betsileo está muy orgullosa de poder sacar tres cosechas al año (en lugar de las dos que son habituales en otras zonas del país). Rompiendo la monotonía del paisaje, se divisa a lo lejos un gran batolito granítico. A un madrileño como el que escribe estas líneas, habituado a los perfiles de la sierra de Guadarrama, le resulta imposible no sentirse por un instante frente a la Pedriz de Manzanares. Será la magia de la geología.

El conjunto rocoso es sagrado para los betsileo, y uno de los motivos gracias al cual se conserva algo de vegetación en su entorno. En la actualidad se conoce a este lugar como “reserva Anja”, y al contrario que otras iniciativas conservacionistas de carácter estatal, aquí toda la gestión de la zona, su cuidado, mantenimiento y control de las visitas, se lleva a cabo

por la comunidad local, en quien revierten luego sus beneficios. Un par de paisanos se ofrecen a enseñarnos las huertas y a encaramarnos en las primeras rocas. La impresión “guadarrámica” desaparece rápidamente al descubrir los *Ficus* y las impresionantes plantas suculentas: *Pachypodium densiflorum*, *Euphorbia milli*, higueras y melias.

Desde tan privilegiada posición, vemos aparecer además al atractivo por el que Anja es más conocido: las colonias de lémures de cola anillada. Se presentan tarde, con el sol ya bien situado sobre el horizonte (ya sabemos que los lémures no son muy madrugadores, pero la vida fácil hace de esta colonia un grupo en vacaciones perpetuas). Unos caminan con tranquilidad mientras otros corretean, saltan y juegan entre ellos. El grupo es muy numeroso (como unos 20 individuos) y toman, literalmente, toda una enorme superficie de granito. El lémur de cola anillada (*Lemur catta*), es quizá la especie más conocida de Madagascar. Quizá por ello resulte extraño para muchos saber que ni es una especie ampliamente distribuida por la isla (mayoritariamente habita el suroeste, y parte de las zonas elevadas del centro-sur), ni es un lémur “típico” en muchos sentidos. Para empezar, como hemos dicho, forma grupos muy numerosos en los que la “interacción social” es muy importante y mucho más evidente que en otras especies (carantoñas, lametones, riñas y peleas). Además, este lémur



Batolitos graníticos de Anja

destaca por ser, con mucha diferencia, el que tiene una vida más terrestre y pasa menos tiempo en los árboles. Esto le confiere cierta versatilidad que juega a su favor en una isla donde la deforestación ha sido tan intensa. Desde ese punto de vista podríamos decir que es el lémur que menos ha visto resentida su forma de vida. Por lo demás, su pose cuadrúpeda y su manera de alzar la cola bien erguida (como un semáforo de su presencia) nos confirma su pertenencia a los lemúridos, como en el caso de los lémures marrones. Los lémures que vemos en Anja pertenecen a un fenotipo de montaña, por lo que su pelaje es particularmente denso. El “desayuno” de los cola-anillada es todo un espectáculo. Han bajado de su refugio nocturno hasta la zona de las melias, que en estación seca son una de las fuentes de alimento garantizado del área. Se suben a las copas y toman tranquilamente los frutillos hasta saciarse. Muchos, cuando terminan, toman el sol sobre las rocas con expresión extática, rodeados del jolgorio de los más jóvenes. ¡Una mañana como esta es capaz de fundir la tarjeta de memoria de cualquier cámara!

No sin esfuerzo, dejamos atrás la colonia de cola-anilladas y ascendemos algo más por las rocas. Los paisanos nos enseñan una tumba betsileo: ocupa una grieta en el granito y está ornamentada con cornamentas de cebúes. Las tumbas y la relación con los muertos es otro de los rasgos únicos de esta isla.

Los betsileo, igual que los merina y otras etnias de las zonas altas de la isla, practican el *famadihana*, el “retorno de los huesos”. Cada cierto número de años, las familias celebran de forma festiva una especie de funeral multitudinario. Acuden en procesión hasta los panteones familiares y exhuman los huesos, les cambian los sudarios por unos limpios y festejan durante varios días, entre música y generosas cantidades de alcohol, un reencuentro con los que se han ido, para después volver a enterrarlos. No por ser una costumbre conocida para el viajero deja de ser sorprendente. Todo es extraño en esta isla. Como la flora y la fauna, también las costumbres humanas parecen haber llevado aquí unos derroteros alternativos al del resto del mundo.

### El canto del indri

PASCAL, cubierto con un chubasquero y un gracioso gorrito blanco, nos indica el camino. Sonriente y dicharachero, avanza por el sendero que atraviesa una zona de pluvisilva primaria montana en el Parque Nacional de Mantadia. Su sonrisa sólo se interrumpe en los momentos en los que finge una cómica mueca de repugnancia cuando descubre alguna sanguijuela que nos trepa por la cara o los brazos, la arranca antes de que hayan tenido tiempo de iniciar su banquete hematófago, y la lanza lejos repitiendo la pose de asco con complicidad. Las sanguijuelas son sólo una de las “molestias” que afronta el naturalista poco acostum-



El pulgar oponible de *Lemur catta*

## *En ninguna parte de Madagascar es más evidente la crudeza de la isla, cerca de la ciudad de Ihosi.*

brado a los climas tropicales. El aire está saturado de humedad, y hace bastante calor (sobre todo bajo el chubasquero), por lo que los esfuerzos físicos, como ascender la empinada ladera, se hacen más fatigosos. La lluvia constante e intermitente, la misma que hace posible la pluvisilva, no da tregua en todo el día, y hace que el suelo laterítico se convierta en un barrizal resbaladizo.

El esfuerzo merece la pena cuando al fin alcanzamos un collado con vistas espectaculares. El bosque primigenio se abre ante nuestros ojos sin una sola muestra de que haya sido alterado aún por el ser humano. Quedan ya muy pocos como este en Madagascar. La altura del dosel debe ser de unos 40 metros (no está mal para una pluvisilva montana) y a esta altitud, de las ramas cuelgan jirones de líquenes, humedecidos constantemente por las nieblas. Agazapada en una copa en una copa, aguantando el chaparrón, vemos una familia de avahis (*Avahi laniger*), los únicos índridos de hábitos nocturnos.

La bajada se hace más agradable, y la lluvia amaina temporalmente. En estas condiciones es algo más fácil dejarse fascinar por lo que es una pluvisil-

va. Para el viajero de climas templados, quizá lo que más llama la atención es lo atestado que está el espacio. Por supuesto, el dosel mencionado antes (junto con las lianas y epífitos que lleva incluidos) garantiza un ambiente umbroso que pone en evidencia cualquier forma objetiva con la que queramos medir la luz (como el fotómetro de una cámara de fotos). Además, se mire a donde se mire, resulta difícil encontrar un espacio que no esté ocupado por la vida vegetal: allá donde no se levanta un tronco amagan otras plantas que se estiran por algo de luz. Las trepadoras se arremolinan unas sobre otras, y a su vez, sobre ellas, orquídeas y musgos se aprovechan de la superficie generada. Incluso el haz de algunas hojas está colonizado por líquenes y hepáticas capaces de sobrevivir en una cutícula totalmente impermeable.

Llaman la atención de repente unas cañas enormes que cruzan el camino a modo de grandes arcos. Se trata del bambú gigante de Madagascar (*Cathariostachys madagascariensis*), por supuesto, endémico de la isla, y fuente de alimento fundamental e imprescindible para los lémures del bambú. Es bastante habitual que varias especies de estos lémures



*Lemur catta*, retrato

## *deforestación que en la llanura de los bara, en el centro-sur de la*

convivan en un mismo bosque, ya que sus dietas están especializadas en distintas partes de la planta. Así, el lémur dorado del bambú (*Haplemur aureus*) se alimenta de brotes tiernos y la vaina de las hojas mientras que el lémur gris del bambú (*Haplemur griseus*) se alimenta del limbo de las hojas y de la médula de los tallos. Aunque el bambú malgache es capaz de crecer hasta cuatro centímetros al día en determinados momentos del año, la supervivencia de algunos de estos lémures se encuentra bastante amenazada, por lo que es fundamental que las zonas de pluvisilva donde se concentra el bambú se mantengan en buen estado.

El valor de las últimas pluvisilvas malgaches es incalculable, y la lista de joyas biológicas que la habitan, no tiene fin. A primera y última hora del día, aún se puede escuchar resonar por estos valles un canto, como de ballena, que se oye a kilómetros de distancia. Se trata del canto del indri (*Indri indri*), el mayor de los lémures vivos. La tala indiscriminada y su caza por parte de la población local hicieron que este magnífico animal estuviese cerca de la extinción. En la actualidad, aunque sigue en peligro, la protección que reciben áreas como la de los parques nacionales

de Mantadia y Andasibe, está permitiendo la recuperación de algunas poblaciones. El encuentro con un grupo de indris es una experiencia inolvidable. Por su tamaño recuerda más a un oseño que a un lémur, y su color oscuro y ausencia de cola contribuye a un aspecto inusual y fabuloso. Son primates apacibles y tranquilos, pero capaces de saltar casi 10 metros de un tronco a otro, un espectáculo inolvidable. Viven en pequeños grupos familiares de 2-4 individuos, ya que por su tamaño necesitan áreas de ramoneo muy extensas. El indri, en su singularidad, remanente y tímido reflejo de la megafauna de Madagascar, es un símbolo en sí mismo y un icono de la conservación de la pluvisilva. Al contrario que otros lémures, nunca ha podido criarse en cautividad. El destino de este animal extraordinario está, por lo tanto, ligado al del bosque lluvioso de la isla más antigua del planeta.

---

**Rafael Medina** es investigador en taxonomía y filogenia molecular de briófitos, campo en el que ha contribuido con la descripción de varias especies nuevas para la ciencia. Observador y fotógrafo aficionado de la naturaleza, de vez en cuando incluye textos divulgativos sobre el estudio y la conservación de la biodiversidad en su blog personal, "[Diario de un copépedo](#)"